

ALEXANDER SCHMEMMANN

# EL BAUTISMO

Ensayo de teología litúrgica sobre  
el sacramento del agua y del Espíritu

EDICIONES SÍGUEME  
SALAMANCA  
2024

Tradujo José Antonio Goñi Beásoain de Paulorena sobre el original inglés

First published by St Vladimir's Seminary Press as  
*Of Water and the Spirit: A Liturgical Study of Baptism*  
Copyright © 1974 by St Vladimir's Seminary Press  
This translation published with permission

© Ediciones Sígueme S.A.U., 2024  
C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España  
Tlf.: (+34) 923 218 203 - ediciones@sigueme.es  
www.sigueme.es

ISBN: 978-84-301-2191-5  
Depósito legal: S. 2-2024  
Impreso en España / Unión Europea  
Imprenta Kadmos, Salamanca

# CONTENIDO

INTRODUCCIÓN. Para redescubrir el bautismo .....	9
1. PREPARACIÓN PARA EL BAUTISMO .....	17
1. Significado de la preparación .....	17
2. El catecumenado .....	21
Excursus: Los padrinos .....	24
3. Exorcismos .....	26
4. La renuncia a Satán .....	34
5. Lealtad a Cristo .....	38
6. La confesión de fe .....	41
2. BAUTISMO. EL SACRAMENTO DEL AGUA .....	45
1. El misterio del agua .....	45
2. La bendición del agua .....	49
3. La oración del sacerdote por sí mismo .....	53
4. «Y muestra esta agua...» .....	55
5. El aceite de la alegría .....	62
6. «Forma» y «esencia» .....	66
7. «A semejanza de la muerte y resurrección de Cristo» .....	74
8. Bautismo .....	81
3. EL SACRAMENTO DEL ESPÍRITU SANTO .....	87
1. La vestidura blanca .....	87
2. El sello del don del Espíritu Santo .....	92
3. El rey .....	99
4. El rey crucificado .....	104
5. El sacerdote .....	113
6. El profeta .....	120
7. El Espíritu Santo .....	124

4. LA ENTRADA EN EL REINO .....	131
1. La procesión .....	131
2. Bautismo y eucaristía .....	139
3. Los ritos del octavo día .....	145
4. El lavatorio del santo crisma .....	149
5. La tonsura .....	152
5. ACOGIDA .....	155
1. Lo viejo y lo nuevo .....	155
2. Las oraciones del primer día .....	157
3. Imposición del nombre al niño .....	163
4. La acogida .....	167
CONCLUSIÓN .....	175
Excursus .....	180
<i>Selección bibliográfica</i> .....	183
<i>Índice de autores</i> .....	189

# INTRODUCCIÓN

## PARA REDESCUBRIR EL BAUTISMO

### 1

Antiguamente, en la «edad de oro» de la liturgia cristiana, el sacramento del bautismo se celebraba durante la vigilia pascual, pues se lo consideraba parte orgánica de la gran celebración anual de la Pascua<sup>1</sup>. Incluso hoy, mucho después de que se haya roto el vínculo entre ambas solemnidades, los ritos bautismales y la liturgia pascual conservan una huella indeleble de su conexión e interdependencia iniciales<sup>2</sup>.

Ahora bien, pocos cristianos son conscientes de ello. No muchos saben que la liturgia de Pascua es ante todo una liturgia bautismal; que cuando en Pascua escuchan las lecturas bí-

1. Sobre la relación litúrgica entre bautismo y celebración de la Pascua, cf. Tertuliano: «La Pascua es el día más solemne para el bautismo, porque entonces se cumplió la pasión de nuestro Señor, y en ella somos bautizados... Después de Pentecostés, es el período más propicio para organizar el bautismo, porque durante este tiempo la resurrección de nuestro Señor fue manifestada varias veces a los discípulos, y la gracia del Espíritu Santo fue dada por primera vez» (*De Baptismo* 19). También una temprana descripción del bautismo pascual en Jerusalén en la *Peregrinación de Egeria* 45, 1-47, 2, en *Mujeres viajeras de la Antigüedad*, Salamanca 2018, 149-153. Para la Iglesia de Constantinopla, cf. *Codex Barberini*, fol. 260ss, en Whitaker, *Documents of the Baptismal Liturgy*, 69ss. A finales del siglo IV el bautismo se celebraba también en Navidad, Epifanía y Pentecostés (A. Baumstark, *Comparative Liturgy*, 158-159). Con todo, litúrgicamente la celebración de Navidad y Epifanía sigue aún hoy el modelo de la celebración de la Pascua, y en la antigua *Typica* ambas fiestas se denominan «Pascua - una fiesta de tres días», significando «Pascua» aquí la inclusión del bautismo en su celebración. Cf. L. Bouyer, *The Pascal Mystery*.

2. Véase en las Vísperas del gran Sábado y del Sábado Santo (que inician la gran Vigilia Pascual) el carácter bautismal de las lecturas del Antiguo Testamento (P. Lundberg, *La typologie baptismale dans l'ancienne Église*, Uppsala 1942, y J. Daniélou, *The Bible and the Liturgy*, Notre Dame 1956); la sustitución del *Trisagion* (antiguo himno de entrada procesional) por el verso: «Todos los bautizados en Cristo se han revestido de Cristo, ¡aleluya!»; y la lectura de textos neotestamentarios de contenido bautismal, como Rom 6 y Mt 28.

blicas del paso del mar Rojo, o de los tres jóvenes en el horno, o de Jonás en el vientre de la ballena, están escuchando los más antiguos «paradigmas» del bautismo y están asistiendo a la gran vigilia bautismal. No saben que la alegría que ilumina la noche santa, al resonar el glorioso anuncio «¡Cristo ha resucitado!», es la alegría de los que fueron «bautizados en Cristo y revestidos de Cristo», de los que fueron «sepultados con él en la muerte, para que, igual que Cristo resucitó entre los muertos por la gloria del Padre», así también ellos anden «en una vida nueva» (Rom 6, 4). A muchos cristianos no se les ha enseñado que la Pascua como fiesta litúrgica y la Cuaresma como preparación litúrgica para la Pascua se desarrollaron originalmente a partir de la celebración del bautismo; que la Pascua, la «fiesta de las fiestas», es así verdaderamente el cumplimiento del bautismo, y el bautismo es verdaderamente un sacramento pascual.

No cabe duda de que conocer estas cosas es algo más que aprender un interesante capítulo de arqueología litúrgica. En realidad, se trata del único camino que conduce a una comprensión más completa del bautismo, de su significado para la vida de la Iglesia y para cada uno de nosotros en cuanto cristianos particulares. Y es esta comprensión más completa del misterio fundamental de la fe cristiana y de la vida cristiana lo que, por encima de todo, necesitamos hoy.

¿Y por qué razón? Porque, en pocas palabras, el bautismo está *ausente* de nuestra vida. Es cierto que sigue siendo aceptado por todos como una necesidad evidente y que nadie se opone a él, ni siquiera se cuestiona. De hecho, es raro que haya algún día en que no se bautice en alguna iglesia del mundo. En fin, que «se da por supuesto». Aun así, me atrevo a afirmar que, en un sentido muy real, está ausente, y esta «ausencia» se encuentra en la raíz de muchas tragedias de la Iglesia de hoy.

El bautismo está, en primer lugar, ausente de la liturgia de la Iglesia, entendiendo por liturgia lo que el término *leitourgía*

ha significado siempre: un acto comunitario en el que toda la Iglesia, esto es, la comunidad entera, se involucra y realmente participa. ¿No es cierto que, desde el punto de vista litúrgico, el bautismo se ha convertido al día de hoy en una celebración familiar privada que tiene lugar, por regla general, fuera del culto comunitario de la Iglesia, precisamente fuera de su *leitourgía*? ¿No es cierto que se puede ser miembro de la Iglesia durante años y años sin haber asistido a ninguna celebración bautismal, sin saber siquiera cómo se realiza?

Como está ausente de la liturgia, el bautismo se halla naturalmente ausente de nuestra piedad. Las antiguas generaciones de cristianos sabían, por ejemplo, que la Pascua de cada año era la celebración de su propio bautismo, de su propia entrada y participación en la vida de Cristo resucitado. Sabían que la resurrección de Cristo se revelaba y reafirmaba de nuevo en este acto de regeneración y renacimiento por el que los nuevos miembros se integraban en la «novedad de la vida». El cristiano de hoy sabe, por supuesto, que fue bautizado y que el bautismo es la condición necesaria de su pertenencia a la Iglesia. Pero este conocimiento no deja de ser abstracto. No experimenta a la Iglesia como la comunidad de los que han muerto con Cristo y de los que, por tanto, han recibido una nueva vida en él. Su piedad, en consecuencia, ya no es bautismal, como la de los primeros cristianos. Para los cristianos de hoy, el bautismo ha dejado de ser una realidad permanente y una experiencia iluminadora de toda su vida, una fuente constante de alegría y esperanza. Consta en su partida de bautismo, pero no en su memoria cristiana. De hecho, ya no vive la Pascua y Pentecostés, la Navidad y la Epifanía, ni en general la liturgia de la Iglesia, en relación directa con su bautismo, o sea, como realidades cuyo significado y eficacia en la Iglesia se cumplen en y a través del bautismo recibido.

Por último, al haber dejado de alimentar la piedad cristiana, es evidente que el bautismo ha perdido su poder para conformar nuestra visión cristiana del mundo: nuestras ac-

titudes, motivaciones y decisiones básicas. Actualmente no existe ninguna «filosofía de vida» cristiana que abarque la totalidad de nuestra existencia, tanto en la familia como en el trabajo, tanto en la historia como en la sociedad, tanto en la ética como en la acción. Simplemente no hay diferencia entre los «valores» e «ideales» aceptados dentro de la Iglesia y los aceptados fuera de ella. Hoy un cristiano puede ser visto como tal mientras viva según unas normas y una filosofía de vida que, aunque no tengan nada que ver con la fe cristiana, no se opongan abiertamente a ella.

Un cristiano antiguo sabía –no sólo intelectualmente, sino con todo su ser– que por el bautismo entraba en una relación radicalmente nueva con cada uno de los aspectos de la vida y con el «mundo» circundante. También sabía que, junto con su fe, recibía una comprensión radicalmente nueva de la existencia. El bautismo constituía para él el punto de partida y también el fundamento de una «filosofía de vida» cristiana, de un sentido permanente de rumbo, que lo guiaba firmemente a lo largo de su existencia, le proporcionaba respuestas a todas las preguntas, le resolvía todos los problemas.

Este fundamento sigue aquí con nosotros. El bautismo se practica. Pero ha dejado de ser entendido como la puerta que conduce a una nueva vida y como la fuerza para luchar por la conservación y el crecimiento de esta nueva vida en nosotros.

## 2

Todo esto es la trágica consecuencia de lo que a muchos les puede parecer un hecho secundario y puramente externo: la transformación del bautismo en una ceremonia privada, que deja de ser el corazón mismo de la liturgia y de la piedad de la Iglesia. Desde un punto de vista puramente formal, tanto dogmático como canónico, esto puede parecer poco importante. ¿Acaso el bautismo no es válido independientemente del número de personas que asisten, de la hora



y el lugar en que se celebra, de la cantidad de agua utilizada? Sin embargo, la mera existencia de tal «punto de vista» revela cuán profundamente está separada nuestra moderna conciencia dogmática y canónica del verdadero espíritu y de la verdadera tradición de la Iglesia, cuán radicalmente ignora el antiguo principio *lex orandi lex est credendi* (la norma de lo que se celebra es la norma de lo que se cree).

La realidad es que esta forma de ver las cosas, y que se enseña hoy como lo «normal», es el resultado de esa «pseudomorfosis occidental» de la teología ortodoxa, la cual comenzó al concluir la época patrística y fue inficcionando a la Iglesia de un espíritu legalista totalmente ajeno a los Padres y a la tradición primitiva. Esta influencia occidental condujo a un estrechamiento de la comprensión misma del bautismo. De hecho, uno puede leer y releer los manuales contemporáneos de teología ortodoxa sin saber por qué se usa el agua en el bautismo, cuál es su conexión con la muerte y resurrección de Cristo, o por qué el santo crisma debe ser consagrado sólo por los obispos, explicaciones obviamente esenciales para la comprensión del misterio bautismal. En estos manuales, el bautismo se define casi exclusivamente como la «eliminación» del pecado original y como concesión de la gracia, siendo ambas cosas «necesarias», en el sentido jurídico de esta palabra, para la salvación<sup>3</sup>. Pero el bautismo como sacramento de regeneración, como recreación, como Pascua personal y Pentecostés singular del hombre, como integración en el *laos*, esto es, el pueblo de Dios, como «paso» de la antigua vida a una existencia nueva y, finalmente, como la epifanía del reino de Dios: todos estos significados que hacían del bautismo algo tan central y tan esencial para la piedad y la vivencia de los primeros cristianos son casi ignorados, y ello precisamente porque no encajan en el marco legalista adoptado en Occidente.

3. Véanse los manuales de dogmática enumerados en la selección bibliográfica que se ofrece al final del libro.

Este tipo de teología lo ha dicho prácticamente todo sobre la *validez* de los sacramentos en general y del bautismo en particular. La única cuestión que no parece interesarle es: ¿qué principio hace válido el bautismo? Y por esta razón esa teología oficial ha favorecido en la práctica la aceleración de la decadencia litúrgica que poco a poco expulsó el bautismo de la *leitourgía* de la Iglesia y lo convirtió en una ceremonia privada. Si la «validez» del sacramento no requiere nada más que un sacerdote válido y un poco de agua, y si además solo la «validez» es importante, ¿por qué no reducir el sacramento a estos requisitos previos esenciales? ¿Por qué no hacer bendecir de antemano el agua y el aceite para ahorrar tiempo? ¿Por qué complicarse con rúbricas arcaicas que prescriben que «todas las velas estén encendidas» y que el sacerdote «vista ornamentos blancos»? ¿Por qué implicar a la parroquia, a la comunidad, al pueblo de Dios en todo esto? Así, hoy se tarda unos quince minutos en celebrar en un rincón oscuro de una iglesia, con un «salmista» dando las respuestas, una acción en la que los Padres reconocieron y ensalzaron la mayor solemnidad de la Iglesia: un misterio «que llena de alegría a los ángeles y a los arcángeles, a todas las potencias del cielo y a las criaturas de la tierra», un *misterio* para el que la Iglesia se preparaba ayunando cuarenta días y que representaba la esencia misma de su alegría pascual.

Una liturgia decadente apoyada en una teología decadente y que engendra una piedad decadente: tal es la triste situación en la que nos hallamos hoy y que debe ser corregida si amamos a la Iglesia y queremos que sea de nuevo el poder que transforma la vida del hombre.

## 3

Debemos redescubrir el bautismo: su significado, su poder, su verdadera importancia. El propósito de este ensayo es precisamente ayudarnos a redescubrirlo, o más bien des-

cribir las condiciones previas para ello. Porque el verdadero redescubrimiento debe tener lugar cada vez que la Iglesia celebra este gran misterio y nos convierte en sus participantes y testigos.

El objetivo de la teología litúrgica, como su propio nombre indica, es superar la fatídica separación entre teología, liturgia y piedad; una separación que ha tenido consecuencias desastrosas tanto para la teología como para la liturgia y la piedad<sup>4</sup>. Privó a la liturgia de su adecuada comprensión por parte del pueblo, que comenzó a ver en ella unas bellas y misteriosas ceremonias a las que asistían sin participar realmente. Privó a la teología de su fuente viva e hizo de ella un ejercicio intelectual para intelectuales. Privó a la piedad de su contenido vivo y de su término de referencia.

Sin embargo, en los Padres no era así. La razón de que su teología siga siendo para nosotros el criterio y la fuente de inspiración es que está enraizada en la experiencia viva de la Iglesia, en la gran realidad de la comunidad de culto. En efecto, resulta bastante revelador que la explicación teológica del bautismo se originara como una explicación catequética de los ritos bautismales; más aún, como una parte orgánica de la propia liturgia. La teología comenzó aquí como reflexión inspirada sobre la liturgia, como revelación de su verdadero significado. Y cuando leemos a los Padres, ¡qué lejos estamos de las superficiales explicaciones simbólicas de los ritos litúrgicos tan típicos de la literatura postpatrística!, ¡qué lejos también de las frías definiciones legalistas de nuestros manuales!

Comprender la liturgia desde dentro, descubrir y experimentar esa «epifanía» de Dios, del mundo y de la vida que la liturgia contiene y comunica, relacionar esta visión y esta fuerza con nuestra propia existencia y su problemática, es la

4. Esta separación la hemos estudiado en otras publicaciones; por ejemplo, en *Introducción a la teología litúrgica*, Sígueme, Salamanca 2021.

finalidad de la teología litúrgica. De todo esto, el bautismo es verdaderamente el principio, el fundamento y la clave de bóveda. La vida entera de la Iglesia hunde sus raíces en la vida nueva que resplandeció desde el sepulcro el primer día de la nueva creación. Es esta vida nueva la que se da en el bautismo y se cumple en la Iglesia.

No por casualidad hemos comenzado estas páginas señalando la conexión litúrgica inicial entre Pascua y bautismo. En efecto, todo este estudio no es más que un intento de explicar el significado de dicha conexión y comunicar, en la medida en que lo permiten nuestras pobres palabras humanas, la desbordante alegría que infunde a nuestra vida cristiana.